

HISTORIA NATURAL.



EL TAMANDOA.



principios del año 1824 me encontraba en la ciudad de San Martín de los Llanos, capital de la provincia del mismo nombre, preparándome para bajar por el Meta, uno de los ríos que desaguan en el Orinoco.

El 3 de febrero por la tarde, saliendo á pasear con

el cura del pueblo, descubrimos á lo lejos en la llanura un pastor, que, habiendo montado á caballo con el objeto de conducir sus vacas al corral, galopaba en la dirección en que nos hallábamos llevando delante de sí un Tamandoa que poco antes había hallado escarbando un hormiguero. Cuando divisamos el animal se hallaba ya cansado, galopaba con bastante dificultad, y con la torpeza que pudiera hacerlo una vaca. Corrí entonces en su persecución, y habiéndolo alcanzado lo así por la cola con el objeto de detenerlo. No hubiera yo á la verdad soltado mi presa; pero bien pronto me vi en el caso de suspender mis esfuerzos al oír al pastor que con voz espantada me gritaba, que yo mismo me conducía á una muerte segura. A pesar de que en aquel momento no advirtiese la presencia del peligro, las penosas aventuras que en diferentes ocasiones había salvado con dificultad por no haberme dejado conducir por los consejos de los prácticos del país, me enseñaron á ceder esta vez á la primera indicación, y

en el momento mismo conocí que mi obstinación pudiera haberme salido bien cara. Con efecto, apenas había soltado la presa, cuando parándose de pronto el animal, se levantó sobre las patas de detrás como pudiera hacerlo un oso, y volviéndose hácia mí con un movimiento rápido y semejante al de un segador, trazó en el aire con su brazo estendido un círculo, en el que faltó muy poco para comprenderme: ví pasar á dos pulgadas de mi cintura una uña cortante que entonces me pareció de medio pie de largo, y me persuadí que un paso mas habría sido suficiente para que su arma terrible hubiera desgarrado mi vientre de uno á otro lado. Un sacudimiento de ira que acompañó á esta demostración, ya por sí demasiado significativa, me hizo comprender que sería una temeridad comprometer lucha con un enemigo, cuyas manos se hallaban mucho mejor armadas que las mías, y resolví continuar la caza como simple espectador. El pastor que guiaba su caballo con la mayor destreza, consiguió conducir el Tamandoa hasta el centro del pueblo, en cuyo punto, no hallándose ya el animal con fuerzas para correr, se vió obligado á refugiarse en el pórtico de la iglesia. En el momento trajeron de las casas inmediatas diferentes lazos, por medio de los cuales, apoderándose de él, lo condujeron sujeto por la cabeza y manos á la plaza del pueblo. Al cabo de algunos instantes pareció renunciar á toda resistencia, y yo utilicé este momento para sacar su diseño: mientras que me hallaba á alguna distancia se mantenía completamente inmóvil; pero si por el

contrario me veía obligado á aproximarme para hacer alguna nueva observacion, al momento se ponía en posicion de defensa, no ya como la vez primera levantándose sobre sus pies, y amenazándome con las manos, sino teniéndose sobre el espinazo y abriendo sus patas para asirme. Esta aptitud de defensa, la mejor tal vez que puede tomar animal, cercado como estaba por todas partes, no es la que pone en juego cuando solo se vé atacado por un lado, en cuyo caso, en lugar de tenderse, se contenta con sentarse, y dando frente á su enemigo, le amenaza con sus terribles uñas. Suponen, dice Azara, que cuando el Jaguar vé al Tamandua en esta posicion, no se determina á acometerle, y que por fin, cuando se lanza sobre él, este lo asegura y no lo suelta hasta despues de haberlo muerto, escondiéndole sus zarpas en el cuerpo; de modo, que sucede á veces, que ambos contendientes dejan el combate con la existencia. Es cierto, dice este autor, que esta es la manera de defenderse que el Tamandua conoce; pero no es creible que esta baste contra el Jaguar, que puede muy bien matarlo de un zarpazo ó de una sola dentellada, y cuya agilidad es demasiada para dejarse asir por un ser tan torpe. La primera vez que oí hablar de luchas tan estrañas que no concluyen de otro modo que con la muerte de los dos antagonistas (historia bien comun en los Llanos de la nueva Granada, y entre los Pampas del Paragüay) no me fué posible concederles mas crédito que á Azara. Ahora no las tengo ya por imposibles; solo creo que deben tener lugar muy raras veces, y verificarse de distinto modo que nos las cuentan. El Jaguar no dá apenas tiempo para ponerse en defensa al animal que quiere acometer; en dos ó tres saltos lo alcanza, se lanza sobre él de improviso, y con bastante frecuencia un solo golpe le es bastante para derribarlo. Sucede sin embargo algunas veces, que este primer golpe es dado en falso, y entonces el agresor se halla un momento como prosternado á los pies de su enemigo, y por decirlo así, á su discrecion: este momento es á la verdad muy corto; pero empleado oportunamente puede variar enteramente el aspecto del combate. Se ha visto por ejemplo, dar una mula una coz con la pata delantera en la cabeza del Jaguar y deshacerle el cráneo: un Tamandua en semejante caso, buscará el medio de echarles los brazos en derredor del cuerpo, y si consigue asirle, el apretón será terrible. En circunstancias ordinarias, el Tamandua, segun parece, se deja matar sin oponer resistencia eficaz. He muerto muchos, dice Azara, dándoles golpes con un palo grueso sobre la cabeza sin tomar mas precauciones, que si los hubiera dado sobre un objeto inanimado. Yo me inclino á creer que estas gloriosas hazañas serán con efecto de ningun riesgo para los que conocen las costumbres del animal; pero no puedo persuadirme de que lo sean asimismo para un cazador inexperto. Tal cual yo lo era en 1824, y cual lo fué en 1837 el capitan Juan Tafur, uno de los oficiales de la expedicion de Quesada.

Esta expedicion, que dió por resultado el descubrimiento y conquista del Llano de Bogotá, se vió cercada en mil ocasiones de toda clase de peligros, y el hambre anunciaba su completo exterminio á este puñado de valientes, mientras que las flechas envenenadas de los sal-

vajes cercenaban considerablemente sus filas. En una de estas circunstancias de terrible escasez, fué cuando Tajur encontró un Tamandua; verlo en el llano, volar en su persecucion, alcanzarlo y dirigirle un lanzazo, todo fué obra de un momento. Pero habiéndose roto en el choque el asta de su lanza, en lugar de huir el animal herido, se lanzó con tal violencia sobre las ancas del caballo, que clavó en ellas sus afiladas uñas. Herido este nuevamente por un segundo lanzazo de un infante que fuera en socorro del caballero, se dejó caer; pero con la doble idea de apoderarse de las piernas del caballo de que no pudo este desasirse coceando hasta tanto que Tajur tomó el partido de apearse. En este mismo momento creyeron los cazadores que la presa se les escapaba; pero un tercer lanzazo puso fin á la contienda, dejándole exánime hasta cuyo último momento no dejó de defenderse. Ya hemos visto como se prolongó una lucha tan desigual sostenida por uno de esos animales que la generalidad suponen incapaces de defenderse. Preciso es sin embargo conceder, que si el capitan Tajur en su primer encuentro se hubiera valido del asta en lugar del acero de su lanza, la lucha no se hubiera sostenido tanto, probado como está, que el medio mejor de matar un Tamandua, es descargarle palos sobre la cabeza. Los viajeros, que sobre este punto me han podido suministrar algunas noticias, convienen perfectamente con Azara; pero estan bien lejos de asentir con él creyendo que pueda uno aproximarse al animal sin tomar antes precauciones. Por mi parte, despues de haber visto tan de cerca sus temibles armas, he juzgado conveniente conservarme siempre á una distancia respetuosa. Se deja á pesar de esto comprender, que las uñas del Tamandua deben sin duda considerarse menos como armas ofensivas, que como útiles indispensables destinados á hacer las escavaciones que le proporcionan su alimento. Son estas lo que el hacha en manos del leñador, hacha que el hombre mismo en una necesidad, convertiria en instrumento de defensa, á menos que no le ocurriera la fatal idea de arrojarla para huir mas velozmente viendo acercarse á su enemigo. Pues bien, bajo este punto de vista, tiene el Tamandua sobre el hombre la ventaja, de que en el momento crítico en que la resistencia se le presenta como único medio de conservacion, se encuentra con sus manos perfectamente armadas. Aun delante de un enemigo poco temible, el Tamandua se halla siempre dispuesto á cederle el puesto; pero una vez perseguido, se vé al momento en la necesidad de aceptar el combate, toda vez que su carrera es bastante tardía y pesada. La hembra en particular, tiene desde luego que presentar frente á su adversario, pues que rara vez se la encuentra, que no vaya llena, ó acompañada de su hijuelo, de quien ningun peligro por terrible que sea, es bastante á separarla. Esta en sus expediciones lo conduce sobre sus espaldas, mientras es pequeñito, ó un poco mayor, lo hace ir á su lado, pero sin perderlo nunca de vista y dispuesta siempre á averiguar por él su vida. La hembra del Tamandua, dice un viajero, no da cada vez mas que un hijuelo que nace débil é incapaz de servirse de sus miembros. Apenas adquiere un poco de fuerza, lo coloca la madre sobre sus costillas, y lo conduce consi-

por todas partes. Si entonces se vé atacada, se defiende con la mayor osadía, toma su carga, la abriga en su delantera abrazándola con la mano izquierda, y esgrime la derecha con tanto vigor como destreza. Si el que la ataca, amenaza su lado izquierdo, veloz como el viento cambia de lado á su defendido sin que este movimiento sea apenas advertido. Mientras que el combate no es muy encarnizado, el hijuelo se mantiene enteramente asido á su madre; pero en el momento en que crece el peligro vuelve este su frente, y esgrimiendo sus pequeños brazos, manda tambien golpes al enemigo comun que los acosa.

Hallándose en el fuerte de San Joaquin, dice Schomburgk, me regalaron un Tamandua que suponian tendria un mes poco mas ó menos, cuya captura se verificó de este modo. Paseándose un dia á caballo por un vasto prado el hermano del gobernador de la provincia, D. Pedro Ayres, divisó al pequeño animal acompañado de su madre, y en el momento se puso en su persecucion. Como su principal objeto era cojerlo vivo, su caza se hubo de prolongar, de modo, que durante una hora se vió precisado á llevar su caballo siempre á galope. Cansada por fin la madre por tan larga carrera, se paró de repente poniéndose en defensa, en cuyo caso tendiendo un lazo se consiguió apresarla en el momento. Juzgando pues D. Pedro lo difícil que seria conducirla al fuerte, hallándose solo con un criado, creyó mejor partido amarrarla á un árbol y llevarse el hijuelo que hasta entonces no habia perdido su posicion.

Este al principio parecia poco dispuesto á domesticarse buscando siempre el rincon mas oscuro del cuarto en que lo tenia para ocultarse. Al aproximarse á él, se ponía al instante en aptitud de defensa, como pudiera haberlo hecho uno mayor probando herir con su mano derecha, y dejando oír un gruñido semejante al de un cachorrillo que se le separa de su madre. Al cabo de algunos dias pareció conformarse con su condicion, y bien pronto se le descubrió bastante inclinacion á la india encargada de su cuidado. Esta le daba leche y cazabe; parecia abrigar poco calor natural, y al tocarle siempre se le encontraba la piel extraordinariamente fria. Entonces le hacia envolver en una cubierta, y observé se mantenía muy quieto. Pero lo que preferia á todo era, que el ama que le cuidaba lo tomara en su falda y lo calentara en su regazo. Si esta lo colocaba entonces en el suelo, dejaba oír un gemido dulce y suplicante; pero si su súplica era desatendida, su gemido se convertía en un ruido áspero muy fuerte y muy desagradable al oído. Siguiendo al ama por el interior de la casa, parecia dejarse mas bien guiar por el olfato que por la vista, y siempre se le veía marchar con las narices junto al suelo como un perro que sigue la pista á una perdiz. Sucedia algunas veces que perdía la huella; se paraba entonces, y levantándose sobre sus patas traseras con la cabeza hacia arriba y muy abiertos los caños de las narices, se volvía olfateando á derecha é izquierda hasta que la volvía á encontrar.

El sentido de la vista le tenia extraordinariamente torpe como teníamos ocasion de probarlo continuamente, viéndole tropezar con todos los objetos que á su paso

encontraba y de que no se apercebía hasta el momento en que los tocaba. En cambio tenia el sentido del olfato en extremo delicado, conocia á gran distancia al ama ó á cualquiera otra persona á quien hubiese cobrado algun cariño, y en el momento dejaba oír en señal de llamada el mismo gemido dulce de que ya hemos hecho mencion. Me habia tomado tal inclinacion, que en el momento en que me sentaba á escribir y apenas se apercebía de mi estancia en el cuarto, cuando se aproximaba muy quedito, y subiéndose por mis piernas se venia á colocar sobre los muslos. Trepaba con mucha facilidad, y para darle ocasion de poner en juego su habilidad, nos divertíamos á menudo colgándole delante una manta hasta cuyo punto mas elevado subia con el auxilio de sus uñas. Cuando la india que lo cuidaba queria ausentarse ó tenia que hacer alguna cosa que no le permitia cejarse de él, tomaba uno de sus vestidos ó la cubierta de su cama, lo envolvía en ella y se mantenía quieto; pero no producía el mismo efecto otra cubierta ó los vestidos de otra muger que no fuera de casa. Daba á conocer su afecto lamiendo á las personas que queria y entonces se le veía cariñoso y alegre; por lo demas era muy amigo de dormir. Llegó por fin á cobrarnos mucho afecto y como habia principiado á comer solo, cuando mas esperanza teníamos de conservarlo, nos faltó leche, y ya sea por el cambio de régimen, ó otra cualquiera causa, principió á desmejorar. Diferentes veces lo encontré frio como hielo y del todo yerto, y otras tantas conseguí restituirlo á la vida; pero un dia que salí tuve el disgusto de encontrarlo muerto á mi regreso. Lo que hizo que su pérdida me fuese menos sensible, fué el que en este tiempo me pude hacer con otro de su misma raza, pero de mas tiempo. Durante su caza, el animal se defendió con el mayor arrojo ya procurando al verse cercado por todas partes, trepar por la muralla, cuyas piedras salientes parecían concederle un asidero para la fuga, ya presentando el combate á los indios que tímidos lo rehusaban. Por fin se le tendieron lazos, y merced á ellos conseguimos á poco rato verlo amarrado en el patio de la casa. En los continuos esfuerzos para desasirse de sus ligaduras consiguió desollarse la piel del lomo, de manera que convencidos de que estos llegarían acaso á producirle la muerte, nos vimos en la precision de construirle una choza cercándola con una empalizada.

No quiso comer hasta el tercer dia, le dimos hormigas y farinha (harina de yuca) lo que comió con gusto. Habiendo bien pronto consumido los hormigueros que habia en las inmediaciones del fuerte, á causa del gran consumo que de ellos diariamente hacia, tomamos el partido, mas bien por hacer un ensayo, que confiados en el buen éxito de la empresa, de darle carne de vaca partida en pequeños pedazos. Con grande admiracion nuestra vimos que la comia con ansiedad, y desde este momento apenas se alimentaba con otra cosa que carne ó pescado, á favor de lo cual, y el buen trato, conseguimos en breve domesticarlo de tal modo, que venia á tomar la comida de nuestra manos. Durante el dia dormía mucho; se acostaba haciendo la rosca como un perro con la cola estendida, de forma que fuera suficiente á cubrir-

le la cabeza y una parte del cuerpo. Cuando se despertaba su primer movimiento, generalmente, era dirigirse á la empalizada pasando por entre las barras su largo hocico y aspirando el aire, de modo que parecia dejar ver lo que pasaba fuera. Se levantaba frecuentemente y con mucha facilidad sobre sus pies, manteniéndose en esta posicion por espacio de algunos minutos. Otras veces se le veia apoyado sobre sus talones, con el cuerpo derecho y los brazos cruzados. Despues de haber comido se arrodillaba del mismo modo que lo hacen los potros y carneros, al tiempo de mamar. Tomaba muy á menudo en sus manos algun objeto, y en este caso sus uñas le prestaban grande ayuda: cuando estaba echado y queria levantarse, principiaba casi siempre por arrodillarse. Cuando se le ponía delante la carne picada, ensanchaba las narices, movía el lábio superior y dejaba conocer la preferencia que daba á los bozados mas delicados. Subía con la mayor agilidad á lo alto del vallado, que formaban las paredes de su choza, no empleando jamás los dos brazos á la vez, sino sirviéndose alternativamente de ellos. Cuando se habia asegurado con una mano, elevaba todo el cuerpo por la fuerza de este solo brazo, colocaba despues el pié, y repetía la misma operacion con el costado izquierdo. Por este solo ejemplo podrá juzgarse de la fuerza de que disponen sus miembros.

El principal músculo del brazo de uno de estos animales que tuve ocasion de disecar, tenia de ancho dos pulgadas y tres octavas partes de pulgada de grueso. Despues de las diferentes observaciones á que me he dedicado sobre los Tamandós que he tenido en mi poder, estoy cierto que estos pueden con facilidad trepar á los árboles, y no dudo lo hagan alguna vez hallándose en plena libertad. El Tamandó segrega de sus narices y boca un líquido transparente y cristalino como el agua que por ellos se destila constantemente, siendo esto tanto mas notable cuanto que este animal bebe muy poco. La Llama que tambien hace poco uso del agua, segrega asimismo gran abundancia de saliva. Me acuerdo que antes de construir la choza á este último Tamandó, cuando este se acostaba al sol, sudaba tan abundantemente, que su piel no hubiera aparecido mas empapada al salir del río. Es de advertir que de cuatro Tamandós que he tenido en mi poder, mas el pequeño que me dieron en el fuerte de San Joaquin, eran todas hembras; debemos pues concluir, que los machos de esta especie son menores en número, ¿ó será preciso creer que se ocultan en los sitios mas retirados? Ambas opiniones pueden muy bien sostenerse; y en apoyo de la última deberé advertir que todos cuantos he tenido han sido cazados en la llanura en medio del día. En muchas especies, los machos viven separados de las hembras, excepto en la época de sus festejos, y solo de noche es cuando salen á proporcionarse su alimento. Partiendo, pues, de que el número de machos sea inferior al de las hembras, podremos asegurar para algun día la total estincion de esta especie.

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



Cornelina.



Jaspe.



Agata.



Opalo.



Esmeralda.



Onyx.



Jacinto.

Descubrimientos de Clunia.

A cinco leguas al N. O. de Aranda de Duero, y á una corta de Huerta de Rey, se hallan sobre una cordillera de cerros bastante elevados y unidos entre sí, formando una planicie casi circular y estensa, desde la que se descubre un horizonte pintoresco é inmenso, las respetables minas de la *Romana clunia*, tan olvidada por desgracia, cuanto rica en monumentos de mil y mil clases; la mayor parte mutilados por la incuria y por el tiempo, que revelan la grandeza y esquisito gusto de sus autores, y el rango y categoría del pueblo donde sirvieron, y en el cual residieron las autoridades superiores de uno de los siete conventos jurídicos de la España Celtivérica.

Las emociones que siente el viajero al hollar con sus plantas aquellos sitios, en donde hoy no se vé mas que tal cual arador surcando la tierra con trabajo, por la multitud de trozos de columnas, basas, frisos, capiteles y restos de mármoles y jaspes que encuentra son indecibles, y nosotros que hace poco les recorrimos, hubiéramos querido para honrar como se merece la buena memoria del Pueblo Rey, y para honor y decoro de nuestra patria, que el estado de esta permitiese al gobierno de S. M. fijar su consideracion en tantas preciosidades para ponerlas en seguro depósito, invirtiendo las sumas que se necesitan, principalmente en cortas escavaciones, con

el objeto, entre otros, de que la rapacidad y mezquino interés, no las haga desaparecer é ir á aumentar los museos de otras naciones, como por desgracia, ya está sucediendo en la actualidad.

Estos temores han guiado nuestra pluma, y tambien el deseo de dar á conocer á los lectores del siglo, como intentaremos hacerlo en varios artículos, aunque con timidez por nuestra insuficiencia y escaso talento, y porque no pasamos de ser unos menos aficionados á la arqueología y numismática, la historia de la Gran Clunia, monumentos públicos que en ella existían, tales como sus sólidas y ya derruidas murallas, y el bien conservado teatro ó circo abierto á pico en piedra viva con innumerables gradas para los espectadores, y vomitorios de las mismas, mosaicos, lápidas sepulcrales, utensilios de barro y bronce, monedas, camafleos, etc.

Concretándonos por hoy á los de las dos clases últimas, diremos, que son tales y tantos los que se descubren y recojen de la superficie, en particular cuando los torrentes de agua se precipitan por los declives, ó se remueve la tierra para las labores agrícolas, que no hay vecino del lugarcito próximo de Peñalva de Castro que deje de volver á su casa sin alguno, el cual lleva siempre consigo envuelto en un trapo ó relazo de sucio papel, á fin de ofrecerle al primero que encuentra en el camino, ó en los mercados de Huerta y Aranda, en cambio de diez ó doce cuartos cada moneda de grande ó pequeño bronce, comun ó rarísima, pues para él es lo mismo, porque no sabe lo que vende, y sí solo que es un chanflon de los moros, como oyó segun refiere con seriedad, á su abuela ó á los ancianos del pueblo, y de treinta á cuarenta reales cada camafeo, ó mejor dicho, cada piedra fina caprichosa y admirablemente grabada en hondo, ora sea diamante, rubí, esmeralda ú ópalo, porque repetimos que ignora su mérito y su corta capacidad todo lo confunde é iguala.

Hasta hace ocho ó diez años estos objetos no eran buscados y apetecidos, y así es que se compraban casi de valde; pero desde entonces, como el gusto á las antigüedades ha cundido tanto, merced á la laboriosidad incansable y luminosos conocimientos propagados, en particular, por el inédito señor D. Basilio Sebastián Castellanos en sus obras y esplicaciones verbales, las circunstancias han variado y los sugetos que concurren á Clunia, Peñalva y Coruña del Conde y otras personas instruidas, adquieren cuanto pueden haber á las manos sin reparar en el precio.

Nosotros tenemos en nuestro poder muy cerca de cuatrocientas monedas de cobre y bronce, y treinta ó mas á de plata halladas en las minas de Clunia, de ellas bastantes celtívericas, consulares, imperiales, y de las Colonias y municipios de dicho Clunia, Cascantum, César Augusto, Calagunis Julia, Ensénita, Bilbilés, Ergávica Osea, Graccunis, Munca etc.; de las que no ofrecemos con sentimiento, algunos grabados, por la imposibilidad en que nos vemos de reproducirlas con fidelidad; pero en cambio lo hacemos de los siete que encabezan este artículo, sacados de otras tantas piedras que nos han parecido mejores de las que poseemos y suficientes por sí so-

las para convencerse de la paciencia, y caprichosa idea de los que las grabaron.

La naturaleza y carácter distintivo de las referidas piedras, son los que se espresan debajo de cada una.

REMIGIO SALOMON.

NOVELA.

EL TESORO.

CAPITULO II.

Cárlos se detuvo y miró al inválido; sus ojos echaban fuego.

—¿Habreis formado parte de esa compañía? exclamó.

—En efecto, replicó Vicente.

—¿Conoceis la existencia de ese depósito?

—Era uno de los que por el capitán fueron encargados de hacerle, y el único de ellos que escapó de las balas enemigas.

—¿Entonces podreis dar noticias y ayudar á encontrarle? replicó Cárlos con viveza.

—Tanto mas fácilmente, cuanto que el capitán nos hizo tomar por punto de partida la alineacion de dos colinas en una roca.

—¿Luego reconoceriais el sitio?

—Lo señalaria con tanta seguridad como el que ocupa mi cama en este cuarto.

Cárlos se levantó de repente.

—¿Pero entonces vuestra fortuna está hecha, exclamó con exaltacion! ¿por qué no haber hablado? el gobierno francés hubiera admitido todas vuestras proposiciones.

—Tal vez, dijo Vicente; pero en todo caso hubieran sido inútiles.

—¿Cómo?

—La España ha negado la autorizacion solicitada; sigue leyendo. Alargó en seguida al jóven un segundo diario que enunciaba en efecto que la solicitud relativa á investigacion del tesoro enterrado por los franceses en 1812 en las orillas del Duero, habia sido rechazada por el gobierno de Madrid.

—¿Pero no se puede prescindir de ese permiso? objetó Cárlos, ¿hay necesidad de intentar oficialmente una pesquisa que puede muy bien verificarse sin ruido, ni estrépito alguno? una vez situados en aquellos lugares y comprado el terreno, ¿quién nos impedirá el desentrañarle? ¿quién sospechará el descubrimiento?

—Yo he pensado esto mismo muchas veces durante treinta años, replicó el soldado; pero, ¿cómo adquirir la suma necesaria para el viaje y la escavacion?

—¿No podríamos dirigirnos á otros mas ricos que nosotros é iniciarles en el secreto?

—¿Mas será este el medio suficiente de hacérselo creer ó de impedir un abuso de confianza si llegan á prestar asenso á lo que les manifestamos? y si la casualidad frustra el resultado, si sucede como en la fábula que tú leías

el otro día á tu prima, que en el momento de dividir el leon guarda para él la presa entera, es necesario pues ademas de la fatiga del viaje y las incertidumbres del éxito, desafiarse los tormentos de un proceso? ¿Pero qué digo? ¿para lo que me resta de vida he de acarrear tantas inquietudes? ¡vayan al diablo los millones que es necesario buscar! Yo tengo doscientos francos de retiro, gracias al *cabito*, esto con mi cruz, basta para la racion diaria y el tabaco; de lo demas me burlo yo como de un peloton de cosacos.

—¿Dejareis escapar esta ocasion de las manos? repuso Cárlos con indignacion febril; ¿rehusareis la riqueza?

—Por lo que á mí hace, desde luego, contestó el viejo, pero respecto á ti ya es otra cosa. He observado siempre que eres ambicioso, que nada omitirias para alternar con hombres millonarios; pues bien, reúne la suma necesaria para nuestro viaje y parto contigo.

—¿Puede ser?... ¡Vos!

—Gana dos mil francos; á ese precio te doy un tesoro: ¿te parece bien?

—¡Muy bien, querido tío! exclamó Cárlos con exaltacion.

Despues reponiéndose, añadió desanimado.

—¿Pero cómo reunir tanto dinero? Jamás podré lograrlo.

—Trabaja con valor, dame tu paga cada semana y te prometo que llegarás á obtenerlo.

—¡Tened presente, querido tío, que las economías de un artesano son tan poca cosa!

—Eso queda de mi cuenta.

—¡Cuántos años serán necesarios!

—Tú ofrecías hace poco diez y ocho con el apéndice de un ojo y un brazo.

—¡Ah! si estuviese seguro....

—¿De adquirir un tesoro? yo te lo juro sobre las cenizas del *cabito*.

Este era el gran juramento del soldado; Cárlos debió mirar el asunto como muy serio. Vicente le animó de nuevo, repitiéndole que tenía un porvenir en sus manos, y el jóven se acostó resuelto á todos los esfuerzos. Pero la confianza de su tío habia despertado en él magníficas esperanzas para que pudiese dormir; pasó la noche en una especie de fiebre, calculando los medios de ganar pronto la suma que necesitaba, arreglando el empleo de su futura riqueza contemplando como realidades todas las quimeras que se habia complacido en formar.

Cuando Susana bajó al día siguiente habia ya marchado á su trabajo.

Vicente que vió la admiracion de la jóven, meneó la cabeza sonriéndose, pero sin decir nada, habia recomendado el secreto al jóven artesano y queria guardarle él mismo. Era preciso ver qué constancia tendria Cárlos en sus nuevos propósitos.

Los primeros meses fueron los mas penosos. El jóven encuadernador habia contraído hábitos que en vano se esforzaba en romper; la continuidad del trabajo le era insoportable; era preciso renunciar á esa movilidad caprichosa que hasta entonces habia presidido á sus acciones, dominar el cansancio y el disgusto, resistir á las

instancias de sus antiguos compañeros de juego. Desde luego puede conocerse que la empresa era difícil. El valor de Cárlos se debilitó mil veces, mil estuvo á punto de reincidir en sus antiguos desórdenes; pero la importancia del objeto á que dirigia sus esfuerzos le reanimaba: al llevar su paga al inválido y ver aumentarse su caudal de semana en semana, experimentaba un aumento de esperanza que le daba nuevo valor; era un paso bien pequeño hácia su objeto; pero era un paso! Cada día sus esfuerzos eran menos costosos. El hombre parece un navío cuyas velas son las pasiones; desplegadas á los vientos del mundo y el hombre se precipitará, al través de todas las corrientes, á pesar de todos los escollos; pero dominadas por el buen sentido, y la navegacion será menos peligrosa; echad en fin á la plaza sitiada el áncora del hábito y nada tendreis que temer.

Así sucedió al jóven obrero: á medida que se iba regularizando su vida, sus inclinaciones tomaban nueva direccion; la asiduidad al trabajo durante el día, le hacia mas grato el descanso de la noche; el abandono de sus borrascosas compañías, daba nuevos encantos á la de su tío y prima. Esta última habia recobrado su alegría: Ocupada únicamente de Vicente y de Cárlos, lograba transformar cada reunion en una fiesta, en la cual su corazon hacia todos los gastos. Cada día una nueva sorpresa venia á estrechar el afecto con los lazos de la ternura y de alegría. Cárlos estaba admirado al descubrir en su prima cualidades y gracias que jamás habia notado en ella. Insensiblemente se le iba haciendo mas necesaria. Sin que él tomase parte en ello, se iba mudando el objeto de su vida; ya no era su único móvil la esperanza del tesoro que Vicente le habia prometido; á cada accion pensaba en Susana; queria merecer su aprobacion y serla mas caro. El alma humana, es una especie de daguerreotipo moral rodeada de imágenes de orden, de respeto, de valor; é iluminada con el sol de la ternura, y cada imagen se grabará por sí misma y permanecerá impresa para siempre. La vida que llevaba Cárlos estinguia poco á poco sus ardientes ambiciones; veia la felicidad mas simple, mas próxima; su paraiso no era ya una fábula de las Mil y una noches, sino un pequeño espacio poblado de afecciones que podia estrechar entre sus brazos.

Todo esto habia acontecido sin que él lo explicase ni lo tomase en cuenta. El jóven obrero se dejaba llevar por su naturaleza sin detenerse á estudiar el curso de los acontecimientos que le llevaban á atrás ó adelante. Su transformacion visible para los que vivian en su compañía, era para él un secreto; él no sabia si habia variado ó no, únicamente se veia mas tranquilo, mas dichoso; la sola novedad que notó en sus sentimientos era su amor á Susana; desde entonces la asociaba á todos sus proyectos; no podia ver la vida sin ella.

Este elemento de felicidad, introducido en su porvenir, habia modificado los demas. Los millones, lejos de ser su objeto principal, no eran sino medios de hacer mas feliz su union con Susana; los consideraba como una adiccion importante pero accesoria á sus esperanzas; así que, quiso saber con certeza si su amor era correspondido.

Paseábase un día por la habitación, mientras Vicente y su prima hablaban inmediatos á la lumbre. La conversacion versaba sobre el primer maestro de Cárlos que despues de treinta años de una vida honrada y laboriosa, acababa de poner en venta su tienda de encuadernador con el objeto de retirarse á su provincia con su muger.

—Hé aquí dos esposos que han sabido hacer su paraíso sobre la tierra, decia el viejo soldado, siempre conformes, siempre de buen humor, siempre trabajando.

—Sí, respondió Susana; los mas ricos pueden envidiar su suerte.



Cárlos que llegaba en su paseo frente de la jóven, se paró bruscamente.

—¿Quereis pues, que vuestro marido os ame, Susana? preguntó mirándola.

—Muy ciertamente.... si puedo.... respondió la jóven sonriéndose y poniéndose colorada.

—Lo podeis, replicó Cárlos vivamente, y para ello solo teneis que pronunciar una palabra.

—¿Qué palabra, primo? dijo Susana mas turbada.

—Que me aceptareis por marido, replicó el jóven obrero.

Y como vió el movimiento de sorpresa y confusion de su prima:

—¡Oh! no os turbeis por eso, Susana, añadió con respetuosa ternura; hace ya largo tiempo que queria haceros semejante pregunta.... Esperaba por un motivo que mi tio conoce; pero ya veis se me ha escapado á mi pesar... Ahora pues, sed franca como lo soy yo; no ocultéis nada de lo que sintais: ahí está el tio escuchándonos y nos reprenderá si decimos mal.

El jóven se habia acercado á su prima, cuya mano estrechaba entre las suyas: su voz estaba trémula, sus ojos humedecidos. Susana palpitante de alegría, permanecia con la frente baja, y el antiguo soldado miraba á los dos con una sonrisa tierna al par que burlesca.

Tomó á la jóven é impeliéndola dulcemente hácia Cárlos:

—Vamos, sobrina, habla, dijo alegremente.

—¡Susana, una palabra, una sola palabra, por favor! replicó el obrero que continuaba estrechando la mano de su prima: ¿quereis ser mi esposa?

Ella ocultó su rostro en la espalda del jóven con un sí inarticulado.

—Vamos, pues, exclamó Vicente, golpeando sus rodillas; esto es bien ácil de arreglar.... Vuestras manos, vengan vuestras manos y abrazadme. Os dejo esta noche para las confidencias; mañana hablaremos de negocios.

En efecto, al dia siguiente, llamó aparte á su sobrino y le anunció que ya estaba completa la suma necesaria para su viaje y que en su consecuencia podian partir para España, cuando lo tuviesen por conveniente.

Esta noticia que hubiera debido alegrar á Cárlos, le causó por el contrario una sorpresa dolorosa. Era preciso pues, abandonar á Susana en el mismo instante en que empezaba á cambiar las confidencias del amor, correr todos los percances de un viaje largo, difícil é incierto, cuando hubiera sido tan dulce permanecer allí! El jóven maldijo casi hasta los millones que era preciso ir á buscar tan lejos. Desde que el objeto de su vida habia variado; sus deseos de riqueza se habian amortiguado. ¿Para qué necesitaba tanto oro, si la felicidad que buscaba la habia encontrado ya!

Sin embargo, manifestó á su tio que estaba dispuesto á seguirle... El viejo soldado se encargó de los preparativos; al efecto salió diferentes dias seguidos, acompañado de Susana y por último anunció á Cárlos que todo estaba dispuesto y que solo faltaba tomar sus asientos. Estando ausente la jóven, rogó á su sobrino le acompañase para ello y como las fatigas de los dias anteriores habian hecho algun efecto en sus heridas, tomaron un fiacre.

Vicente habia tenido cuidado de proporcionarse en una de sus salidas todos los periódicos que hablaban del famoso depósito hecho á orillas del Duero: cuando se vió solo con Cárlos, se los entregó rogándole los reconociese á ver si contenian algun detalle que pudiese serles útil.

El jóven vió los pormenores que ya conocia; despues el anuncio de la negativa del gobierno español, por último, los detalles de algunas pesquisas hechas infructuosamente por unos comerciantes de Barcelona. Creia haber visto todo lo que habia en el particular, cuando sus ojos se fijaron en una carta firmada por un tal Pedro Dufour.

—Pedro Dufour, repitió Vicente; este era el nombre del furrier de la compañía.

—En efecto, tal es su título, respondió Cárlos.

—¡Dios me asista! creia ya en el otro mundo á ese valiente. Veamos lo que nos dice él, que era el confidente del capitán....

En vez de responder Cárlos dió un grito. Acababa de recorrer la carta y cambió de semblante.

—¿Y bien, qué hay? preguntó tranquilamente Vicente.

—Lo que hay, repitió el obrero, es que si este Dufour dice la verdad, el viaje es inútil.

—¿Por qué?

—; Porque los cajones no estaban llenos de plata, sino de pólvora!

Vicente miró á su sobrino y echó á reir fuertemente.

—¡Ah! era pólvora, exclamó! por eso cuando los enterraron se sacó de ellos cartuchos.

—¡Vos lo sabiais! interrumpió Cárlos.

—Porque lo ví, respondió el viejo.

—Entonces... me habeis engañado, exclamó el artesano, vos no podiais creer en la existencia de los millones enterrados y vuestra promesa era burla.

—Era una verdad, replicó seriamente el soldado; yo te he prometido un tesoro y le tendrás; únicamente no tendremos que ir á buscarle á España.

—¿Qué decís?

—Vas á saberlo.

El carruaje acababa de pararse delante de una tienda; los dos viajeros bajaron y entraron en ella. Cárlos reconoció el obrador de encuadernador de su antiguo maestro, pero restaurado y provisto de todos los instrumentos necesarios. Iba á exigir la esplicacion de lo que veia, cuando sus ojos se fijaron en el nombre del propietario grabado en letras de oro encima del mostrador: ¡era su nombre! En el mismo instante la puerta de la trastienda se abre; vé un hogar que brillaba magníficamente una mesa puesta y á Susana que sonriendo le invitaba á entrar.

—Vicente se inclinó entonces hácia él y tomándole la mano, le dijo:

—Ahí tienes el tesoro que te había prometido; un buen establecimiento que te dará para vivir cómodamente y una muger que te hará feliz. Todo lo que ves aquí lo has ganado y te pertenece. No te aflijas si te engañé; tú no querias ver la felicidad, yo he hecho como las nodrizas que untan de miel el vaso que el niño rechaza; ahora que sabes donde está la felicidad y que la has gustado, no la rehusarás.

POESIA.

Cuento.

TRADUCCION DEL ALEMAN.

ALMANZOR.

(De Kotzebue)

Cuando el rico Almanzor de las flores y su haren, y despues que dulces vinos se fastidió de beber,

tuvo el singular capricho de visitar una vez

los sepulcros de sus padres, que ricos fueron tambien;

Cuando los hediondos huesos voluptuosos llegó á ver

asaltóle un pensamiento, que llenó su alma de hiel

al contemplar que las pompas, las grandezas y oropel,

en polvo todo se torna, y él será polvo tambien....

De aquel éxtasis sacóle

descubrir muy cerca de él una borrada inscripcion, que al cabo llegó á entender, y decia... *En esta huesa oculto se encuentra un bien. un Tesoro, que ni Creso pudo jamás poseer....*

Almanzor con mano ansiosa ciego por el interés, el sepulcro abre, y encuentra un desengaño cruel... solo un puñado de polvo en una caja, y despues grabadas estas palabras que claro pudo leer....

Ciego mortal que con avara mano osaste profanar este sepulcro: aqui reina una paz no interrumpida tesoro, que, ni Creso, halló en el mundo!...

Marzo de 1846.

N. R. DE LOSADA.

REVISTA DE LA SEMANA.

En la noche del viernes se verificó en el salon de las Postas-Peninsulares el concierto de la señorita Valery Gomez. La concurrencia fué muy numerosa y escogida, y colmó de aplausos á la cantatriz y á los demas que tomaron parte en el concierto.

Se cantaron entre otras cosas, el duo de tiple y bajo del *Barbero de Sevilla* por la señorita Valery y el señor Salas, la romanza de tenor del *Bravo*, por el señor Tamberlik, y la de bajo del *Columella* por el señor Salas. Tiene la señorita Valery una voz estensa y agradable, su manera de cantar es bastante buena, y en la ejecucion demuestra suma facilidad y buen gusto. En el duo del *Barbero* agradó sobremanera á la concurrencia, siendo tambien bastante aplaudida en una ária de la *Linda*. Si esta cantatriz continúa estudiando con aplicacion y constancia, es de esperar que llegue á colocarse á buena altura.

El lunes tuvo lugar en casa de D. Mariano Carsi una reunion musical, en la cual cantó por primera vez la señorita Corina de Franco. Agradó bastante en el ária de *Marino Faliero* y en el duo del *Elisir* que ejecutó con el maestro Iradier.

De teatros, no hemos tenido novedades en esta semana: únicamente en el teatro del Principe se representó *Genoveva ó los celos paternales*, juguete cómico en un acto traducido del francés por el señor Navarrete. El objeto moral de esta comedia se reduce á censurar la obcecacion de algunos padres en favor de sus hijos y el cariño mal entendido que les profesan. El de Genoveva es un rico comerciante que tiene celos de cuantos aspiran á conquistar su corazon; pero ella consigue engañar de tal manera á su padre, lisongeando sus preocupaciones que al fin viene á casarse con la persona á quien ama.

Hemos encontrado bastante originalidad en los caracteres de esta picecita, y un argumento bastante bien presentado. De la misma opinion ha debido ser el público; pues la aplaudió completamente; en la ejecucion tambien estuvieron felices los actores, con especialidad la Matilde Díez y el señor Latorre.

En esta semana ha habido bastantes suicidios en esta capital, y algunos entierros notables, contándose entre estos el de D. Miguel Antonio Zumalacárregui, y el de D. Francisco Javier Veambomben inspector de ingenieros.

Madrid 1846.—Establecimiento de Grabado é Imprenta de D. V. Castelló, calle de Hortaíza, núm. 89.